

CAPÍTULO III

Bajo la máscara

Se acercaba la temporada de los bailes de máscaras de la Opera; y ya que de ellos vamos á hablar, bueno es que se sepa que en dichos bailes es donde los habitantes de París se aburren más soberanamente, y á donde, por razones que no me explico, vuelven con más gusto. María, pues, veía con satisfacción llegar esta temporada y se disponía á no perder baile.

Por lo demás, María era una de esas mujeres que sólo solicitan que se las acompañe hasta la entrada del baile, y que una vez en el vestíbulo devuelven la libertad á quien las ha conducido, hasta el instante en que deben hallarle de nuevo, sea para volver á casa ó bien para irse á cenar.

El primer sábado todo pasó como de costumbre; tan sólo que apenas María se hubo separado de Eduardo, cuando

éste se volvió al sentir que le asían la mano.

—¿Estás aguardando á alguien?—le preguntó un dominó escondido, envuelto, fortificado en su careta hasta el extremo de ser imposible adivinar quién era.

—No.

—¿Quieres darme el brazo?

—Con mucho gusto,—respondió Eduardo oprimiendo la aristocrática mano de la desconocida y mirándola en los ojos para ver si por ellos podía descubrir quién era.

—Es inútil que te afanes,—le dijo el dominó,—no me conocerás.

—¿Y tú me conoces á mí?

—Mucho.

—Pruébamelo.

—Nada más fácil; pero como lo que tengo que decirte sólo interesa á tí, es excusado que los otros lo oigan. Sígueme.

La desconocida echó á andar, atravesando con desenvoltura la apiñada muchedumbre, llegó á un palco, llamó y

otro dominó abrió la puerta, dejando solos á aquélla y á Eduardo.

—Ahora,—dijo á éste la desconocida,—respóndeme: ¿amas á María?

—Según y cómo.

—No entiendo.

—Como amiga, mucho; como querida, tal cual.

—¿Y á Luisa, la quieres?

—Menos de lo que yo creía, pero tal vez más de lo que imagino,—contestó Eduardo sonriendo.

—¿Cuáles son los días en que estás triste?

—Los que siguen á los bailes de máscaras, por ejemplo mañana.

—¿Por qué?

—Porque te habré visto demasiado y demasiado poco.

—Por hoy no puedes verme más; así pues, resignate. Sin embargo, y para que te consueles, te diré que soy joven y hermosa.

—Tanto más motivo para que mañana esté más triste.

—¿Y qué sería menester para ponerte alegre?

—Volver á verte, ó más bien verte.

—Me verás.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde?

—¿Qué te importa con tal de que me veas?

—¿Y pasado mañana te veré también?

—Tal vez.

—¿Y te conoceré?

—No.

—¿Quién eres, pues?

—¿Quién soy? una mujer que nunca había hablado contigo y quería conocerte.

—¡Ah!

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es preciso.

—¿Tienes marido?—preguntó Eduardo, sabiendo, como sabía, que semejante suposición halaga siempre á una mujer en medio de un baile de máscaras.

—Nó.

—¿Nos vamos los dos juntos?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Qué niño eres!

—¿Por qué me llamas niño?

—Porque lo que me propones es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—Porque todavía no te amo bastante y tal vez demasiado.

—Hablas como la esfinge.

—Haz por responderme como Edipo

—Eres aguda.

—En ocasiones.

—Y corazón ¿tienes?

—Siempre.

—¿Sabes que voy á seguirte?

—¡Te lo prohibo!

—¿Con qué derecho?

—¿Con el que toda mujer tiene sobre un caballero.

—Adiós pues.

—Hasta la vista, olvidadizo.

Eduardo besó la mano á la desconocida, la cual abrió la puerta del palco y desapareció á través de la muchedumbre; luego aquel se dirigió en busca de María, la halló, y durante el resto de la noche estuvo muy preocupado.

Al día siguiente, Eduardo no dió un

paso sin que mirara delante ó detrás de sí ó de lado, sin interrogar todos los semblantes y todos los ojos; pero fué en vano: no halló indicio alguno que le pudiese en camino de hacerle reconocer á su dominó. Así es que al llegar la noche le devoraba la tristeza.

Al recogerse, el portero le entregó una carta escrita con carácter de letra fino y elegante. Ahí lo que decía la citada carta:

«¿Serás tú de aquellos de quienes dice el Evangelio que tienen ojos y no ven? Si mientras te estabas paseando, en lugar de mirar delante y detrás de tí, hubieses vuelto los ojos hacia arriba, habrías visto.

»La dicha nos viene del cielo; hacia él, pues, debes mirar... Otro día perdido; peor para tí. Hasta el sábado.

«Sobre el particular no digas palabra á quien quiera que sea; de lo contrario no volverás á verme nunca más. Buenas noches.»

Eduardo se dió una palmada en la frente, se rascó la punta de la nariz; interrogó á su portero, permaneció en pie

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

30057

por espacio de una hora contemplando cómo ardía la vela, y leyendo y rele- yendo la carta de que acabamos de dar copia; pero al ver que nada adivinaba, resolvió acostarse.

Sin embargo, por muy incrédulo é indiscreto que fuese Eduardo, no se atrevió á hablar de este lance á sus amigos, temeroso de que envolvese una mistificación, y cada vez que le dirigían alguna palabra relacionada con el baile de la Opera, creía que iban á hacerle servir de bobo y á burlarse de él. Aguardó, pues, la llegada del sábado siguiente, con cierta impaciencia á la que su amor propio calificaba de curiosidad.

Por lo demás, hasta entonces Eduardo no había dado mucho crédito á las intrigas de baile de máscaras, y más las estimó episodios de novela que no una posibilidad de la vida real. Sus aventuras personales siempre dieron fin el día mismo con una cena, con lo que se había persuadido de que éste era el único desenlace verosímil. Con todo, en el tono, en la apostura y en la agudeza de su dominio, había algo tan excepcional, en la

orden que este le diera de no seguirle un acento tan digno, y en la carta del día siguiente, palabras tan misteriosas, que se perdía en medio de un caos de conjeturas, como Teseo en los subterráneos, y con gran trabajo se decidía á aguardar el sábado sin mostrar la carta á alguno de sus amigos para, en defecto de una aclaración, pedirle una probabilidad.

Por fin llegó el tan deseado sábado. Eduardo pasó la velada con María, quien después de vacilar si iría ó no iría al baile, acabó por negarse á ello, cuya negativa tomó aquél por el nudo de una trama; así es que fijó una escrutadora mirada en la joven, si bien por más que hizo nada pudo leer en el semblante de ésta, á no ser que estaba fatigada y que, no habiéndose divertido mucho en el precedente baile, temía aburrirse más en el del presente día.

Cuanto á Eduardo, pretextó haber dado una cita á dos amigos, y á media noche se salió de casa de María.

Lo que primero hizo nuestro héroe, fué ir á mirar por la puerta del palco

donde ocho días antes le habían conducido; pero no vió á nadie en él. Se encaminó, pues, de nuevo, al salón de descanso, que abandonaba de tiempo en tiempo para volver al venturoso palco, hasta que por fin, y á cosa de la una de la madrugada, sintió un golpe en el hombro y oyó una vocecita que le decía:

—Le están aguardando á usted.

—¿Dónde?

—En el palco número 20.

—Gracias.

En efecto, Eduardo llegó al número 20, donde halló á su dominó de la semana precedente, á cuya presencia le latió con fuerza el corazón.

—¿Soy puntual?—le preguntó aquella voz que le zumbaba en los oídos ocho días hacía.

—Como una acreedora.

—¡Vaya unas comparaciones más bonitas!

—¿No tengo acaso pendiente una deuda para con usted, una deuda de gratitud, por la seductiva carta que me escribió y que me hace soñar de día y me quita el dormir de noche?

—¿Va usted á estar siempre tan vulgar?

—¿Y usted tan mala?

—En que me está dando el tratamiento de *usted*.

—Tal vez sea un progreso.

—Entonces toma usted el camino más largo.

—Dejémonos de bromas; estoy triste.

—¿Qué tiene usted?—preguntó Eduardo con acento al parecer profundamente afectado.

—¿Qué?—repuso la desconocida fijando los ojos en su interlocutor, cual si hubiese querido leer en lo más recóndito del corazón y del pensamiento de éste; —que me temo que voy á amarle á usted.

—Si me dice usted semejantes cosas, remato en loco; pero vamos á ver, ¿dónde estaría la desgracia si usted me amase?

—En que yo no pertenezco á la clase de mujeres que ofrecen mucho y no dan nada, y en que amando á usted corro el riesgo de perderme.

—¡Vaya!—dijo Eduardo para sus

adentro,—esto va tomando el sesgo común. Tres francos de coche para ir, sesenta para la cena y tres de coche para la vuelta; total, sesenta y seis francos.

—¿En qué está usted pensando?

—En que—respondió Eduardo, que



—¿Qué?—repuso la desconocida fijando los ojos en su interlocutor.

no pudo menos de sonreirse,—desde que Eva dirigió estas mismas palabras á Adán en el paraíso terrestre, se han repetido millones de veces en el mundo y ya sería hora de que se inventase algo más nuevo.

—¡Adiós!

—¿Se va usted?

—Le detesto.

—Ea, siéntese usted.

—Escuche usted—repuso el dominó, —usted no me conoce. Soy una de esas mujeres capaces de entregar vida y alma al hombre á quien aman: vehementes en su amor, pero terribles en sus odios. Esto le espanta á usted, ¿no es eso?

—Únicamente el odio.

—¿Cree usted en algo?

—En todo... ¿Imagina usted acaso que un hombre de mi edad ha perdido ya sus creencias?

—Lo que imagino es que á la edad de usted ningún hombre las tiene todavía.

—¿Por qué?

—Porque no han sufrido bastante y han amado en demasía.

—Se equivoca usted, señora; los amores mundanos y ligeros, en los cuales parece que gastamos nuestra alma, apenas si consiguen que les dediquemos una mínima parte de nuestra imaginación; por lo que á lo mejor llega una mujer

que se pasma de hallar debajo de la ceniza de esos amores extintos el corazón intacto, como Pompeya debajo de la ceniza del Vesubio.

—Intacto, pero muerto—murmuró la joven.

—Sométame usted á la prueba.

—Si yo le dijese á usted: es menester que me lo sacrifique usted todo; que abandone usted sus queridas; que se juegue usted diariamente la vida para verme un instante; que nada diga usted á su mejor amigo, ni á su madre, ni á Dios de cuanto yo hiciere por usted, y en cambio de ese peligro diario, de ese silencio constante, le concederé un amor como nunca lo haya gozado usted, ¿qué me respondería?

—Que aceptaba.

—¿Y si yo añadiese: Tal vez llegue un día en que deje de amarle, y en este caso nada tendrá usted de común conmigo, ni le cabrá el derecho de dirigirme un reproche, ni una palabra, y si de aquí á entonces se vuelve usted perjuro ó comete tan siquiera una indiscreción... ¿le mato?

—También aceptaría,—respondió Eduardo con acento de un Horacio al jurar que salvaría á Roma, mientras decía entre sí: «¡Diantrel me gustaría hallar una mujer de semejante fuste; la haría empajar viva».

—Ahora rasgue usted mi carta... Perfectamente... Mañana sabrá usted cómo me llamo.

—¿Quién me lo dirá?

—Lo adivinará usted.

—¿Cómo?

—Si se lo dijese á usted nada dejaría que hacer á su inteligencia. Cuando sepa usted mi nombre, me verá, y á las cuatro de la tarde se volverá á su casa para recibir mis órdenes. Le doy á usted tiempo hasta mañana para separarse de María. Hasta luego.

—¿Me lo promete usted?

—Se lo juro.

La desconocida se reunió á la mujer que siempre la acompañaba, y ambas bajaron la escalinata sin hacer poco ni mucho caso de las agudezas y las invitaciones libres que se cruzaban entre la multitud que dejaban á sus espaldas.